

## RELATOS DE UN APOCALIPSIS

*Por: Ligia Valentina Arteaga Silva*

Yo había visto todo lo relacionado con el fin del mundo. No soy una persona religiosa, no creo en dios y mucho menos en la teoría de que será él quien baje de su reino a juzgarnos a todos. Siempre me han parecido patrañas. Yo creía en los extraterrestres, en los seres de otros mundos, en la teoría del 2012 y en demás cosas que, ahora, ya no tienen importancia.

Hace mucho tiempo que no veo la luna. Desde que el mar se secó, no volvió a salir. A mí me gusta contarle a mis hijos las historias de las lunas de Octubre, de las lluvias de meteoritos y de estrellas. Claro, todo eso sucedía hace muchos años. A veces dicen que no me creen, pero a mí me basta con todos mis recuerdos.

Desde hace tiempo hemos estado vagando de un lugar a otro en una vieja camioneta, que fue lo único que pude rescatar de mi casa cuando el último sismo azotó la ciudad de México. Jamás había sentido uno como ese. Fue tan fuerte que las calles se partieron a la mitad... El suelo marino del golfo y del pacífico también se partieron. Fue por eso que poco a poco nos quedamos sin agua. Llega a llover en algunas ocasiones, pero eso apenas es suficiente para poder mojarnos el pelo.

—¿A dónde vamos, mamá?

Nunca sé que contestarles. Por eso mejor pongo más fuerte el radio, aunque haya poca señal y solo se escuche la interferencia. Ellos ya saben que me gusta oír el radio. Me parece extraño que luego de todo este tiempo aún no haya desaparecido.

—A dónde sea.

—Tengo sed...

Sí. También yo he tenido sed durante mucho tiempo.

No todo es tan malo. En cada lugar al que vamos siempre hemos encontrado la forma de encontrar agua o comida, o a una buena persona. Pero ahora dudo mucho que podamos hacerlo.

Ellos iban muy callados, y me alegra, porque muchas veces me ponen de malas. Ana estaba abrazando una vieja muñeca que se encontró en no sé dónde, y Gabriel iba viendo por la ventana.

—Mamá... Cuéntame otra vez una de tus historias.

—No son historias. Todo eso sí pasó.

—¿Hace cuantos años?

—Hace no muchos...

—¿Por qué no nos vamos a otro país?

—Por que no tenemos dinero, por eso.

Lo pensé. Pensé muchas veces en salir de aquí, pero los vuelos cuestan arriba de los dos millones de pesos. Todo se privatizó desde que se acabó el agua. Para mí ese día fue el fin del mundo.

—¿Por qué la abuela no vino con nosotros?

—Tiene cosas que hacer.

Claro, lo dije para no explicarle a mi hijo de 10 años que fui yo quien tuvo que enterrar a mi madre un día después de la tragedia. Una réplica y una caída acabaron con ella. No, ella no se cayó. Su casa cayó encima de ella, y yo ya encontré luego de buscar once horas en los escombros. Tenía su rosario envuelto en la mano... Patético.

—Ojalá hubiera venido con nosotros.

Seguramente todos están pensando que me duele, o que es un tema del que no quiero hablar, pero están equivocados. Probablemente, la muerte es lo único que nos salvará de vivir en la mierda de mundo en el que estamos. Dejé de interesarme cuando comencé a

buscar medios para sobrevivir. Aprendí a subir a los árboles y a no perderme en la oscuridad en la noche. Hay muchas cosas que nos hacen falta aquí, pero con el tiempo logras acostumbrarte. Yo lo logré y mis hijos también. ¿Por qué no habrían de hacerlo? Dejé de manejar al poco rato por la falta de luz. Aún no logro explicarme cómo fue que la luna desapareció... Todavía me acuerdo del primer día que no estuvo en el cielo. Todos estaban tomando fotos (claro, quienes aún tenían celular), como si se tratase de un fenómeno espléndido. Yo supe desde ese momento que no íbamos a volver a verla. Supe desde el momento en el que asomé la cabeza a la grieta de la calle, que el mundo ya se había terminado. Mi avenida estaba partida en dos, con una inmensa capa de profundidad por debajo, y yo me preguntaba qué había allá abajo.

—Mamá...

—¿Qué?

—¿Algún día vamos a volver a casa?

—Ya no tenemos casa, Gabriel.

No estoy muy segura de mi respuesta. Nuestra casa es una vieja camioneta oxidada, con fugas por todos lados y el parabrisas estrellado.

Cuando era joven leí muchas cosas. Yo me esperaba el fin del mundo como algo sumamente trágico. Pensaba que la tierra se partiría en miles de pedazos, y que caerían meteoritos del cielo, pero a fin de cuentas, no hay nada peor que vivir en una camioneta con tus hijos, sin agua y en plena oscuridad.

—Mamá... Hay que enterrar a Ana...

Me bajé de la camioneta a intentar cavar un agujero lo suficientemente grande como para poder meter a mi hija, o a lo que queda de ella. Gabriel quería quedarse con su muñeca,

pero me pareció una tremenda ridiculez. No sirve de nada tener la muñeca si ya no tenemos a Ana.

Con la poca luz que quedaba, pude ver los labios resecos del cadáver de mi hija. Su lengua, de igual manera, tan seca como la tierra debajo de nosotros. La verdad no me siento mal porque hice lo que pude. Si Ana no aguantó mucho fue porque las circunstancias no la dejaron, así que decidí apresurarme a cubrir su cuerpo con la tierra que saqué.

—Ven, vámonos.

Gabriel se levantó del piso y me siguió de nuevo a la camioneta. Lo escuché llorar por la noche, pero no dije nada.

—¿Crees que ella esté con dios, mamá?

Suspiré... De desesperación. —No, no lo creo.